

¿LO POLÍTICAMENTE CORRECTO ES UN ACOSO A LA LIBERTAD? (PRIMERA PARTE)

■Clemente Apolinar Pérez Reyes*

La corrección política, de alguna manera, es parte del ambiente moral de nuestra vida que permea en instituciones públicas y privadas, de cualquier índole, incluyendo las educativas y que se hizo presente en los últimos años del siglo pasado. Sin embargo, no es algo que se haya dado de manera espontánea, por lo que no podríamos decir que es una moda, sino algo impuesto e impulsado, incluso, desde el ámbito legislativo en algunos países, principalmente en los Estados Unidos, país de donde procede este constructo.

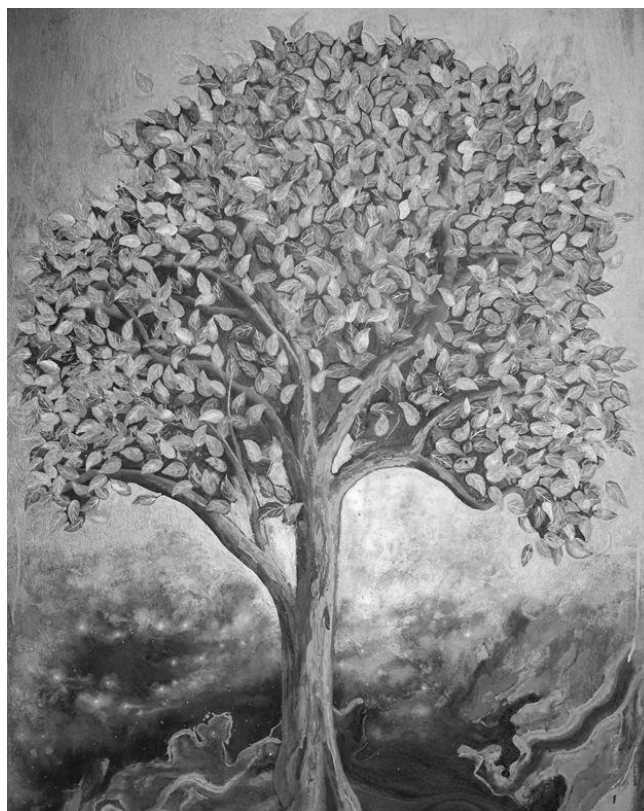
Para darnos cuenta de la omnipresencia de lo políticamente correcto, además de nuestra experiencia cotidiana, de lo cual nos damos cuenta por los eufemismos con los que debemos de hablar y por los comportamientos a los que debemos someternos, a las apariencias que debemos de guardar de acuerdo con los contextos en que ubiquemos nuestro actuar, existen otros indicios e indicadores que nos revelan qué es lo políticamente correcto.

En la actualidad, la omnipresencia de lo políticamente correcto se constata acudiendo a internet. Google nos da la impresionante cifra 15. 500 millones de entradas (búsqueda realizada el 8 de febrero de 2019). “Por su parte, la base de datos del ISBN en España nos sorprende con que solo constatan siete libros con esa expresión en el título. Un dato aislado no dice mucho. Comparemos: si buscamos “ácaros” en Google nos remite a un número sensiblemente menor: 6. 500 millones de entradas, mientras que el ISBN nos remite a veintisiete libros sobre ácaros, casi cuatro veces más. Fenómeno que no deja de ser curioso”.¹

Puesto que la mayoría de las personas que se desenvuelven en los distintos ámbitos ocupacionales tienen una idea muy general del significado que encierra el concepto “políticamente correcto”, es necesario

definirlo con mayor precisión. Creo que las personas reconocen lo políticamente correcto más como un modo o una forma de comportamiento. Así, si se dirigen a una persona minusválida llamándola inválida, reconocen que actuaron de una forma políticamente incorrecta, si es que tienen noción del concepto de corrección política, lo que finalmente es una forma de reconocer que incurrieron en una conducta lingüísticamente “incorrecta”, aunque no lo sea, como veremos más adelante.

Por tal razón es muy importante fijar una delimitación preliminar a la conceptualización, que nos clarifique lo que sabemos en torno a este concepto, sin que por ello se intente profundizar en el tema.



*Docente de Etimologías de la Preparatoria Núm. 3

¹ Ballester, Manuel: *Lo políticamente correcto o el acoso a la libertad*. Cuadernos de Pensamiento Político. p. 179

Ballester, Manuel: Lo políticamente correcto o el acoso a la libertad. Cuadernos de Pensamiento Político, p. 179

HACIA UNA DEFINICIÓN DE LO POLITICAMENTE CORRECTO

La mayoría de los autores que se han ocupado del tema señalan la imposibilidad de definir esta realidad, porque tan solo es una forma de reaccionar ante las cosas, una sensibilidad, una cosmovisión. Un estudio abiertamente a favor de lo políticamente correcto afirma que no solo es imposible definir rigurosamente este término, sino que se trata de "...un falso problema. No hay consistencia nada más que en el discurso de quienes lo toman como blanco".²

No obstante lo expresado anteriormente, una amplia definición de lo C. P. (Políticamente correcto, en adelante, en su abreviatura en inglés) se puede enunciar como un hecho social y lingüístico, una serie de comportamientos y actitudes que tienen por objeto suavizar o minimizar la discriminación de diversos grupos en función de su origen, raza, sexo o condición.

Si partimos de dicha caracterización, llama poderosamente la atención que algunos autores que se han dedicado a estudiar este fenómeno expresen conceptos que se sitúan fuera de esta visión "buenista". Afirma uno: "Lo políticamente correcto me parece totalitario" o bien, lo conceptúen como "la moderna inquisición".³

Al estudiar el tema encontramos dos tendencias: por un lado, la caracterización de lo C. P. como un modo de hablar y actuar acorde a una sensibilidad moderna que reacciona frente a todo lo discriminatorio, por otro, la conceptualización de este mismo hecho como de un aparato censor y totalitario, y no les falta razón, recuérdese finalmente que de acuerdo con Bordieu y Passeron, lo C. P. se ubica en lo que denominaron respecto al fenómeno educativo: "la arbitrariedad cultural, que impone como

saberes valiosos para todos, los propios de la cultura dominante; y la violencia simbólica, para tratar de controlar a quienes piensan diferente, a través de la autoridad pedagógica, que se usa para imponer o inculcar esos valores arbitrariamente impuestos como objetivos y propios de un buen ciudadano, (que incorporamos) de modo acrítico, sin siquiera percibir esa violencia".⁴

Al encontrarnos con dos tendencias totalmente opuestas respecto a lo C. P. no podemos menos que sorprendernos y el deseo de saber, más que una toma de posición, nos lleva a la investigación que nos permita salir de nuestro asombro mediante la comprensión.

ORÍGENES DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO

Estudiar los orígenes de lo políticamente correcto puede ayudarnos a superar el asombro inicial que nos provocan las dos concepciones totalmente opuestas de este constructo. Surge este movimiento en EE. UU. en los años sesenta, producto de la izquierda americana. Pero la izquierda americana no inventa la expresión ni la realidad a la que alude; lo C. P. se forja en el ámbito del marxismo-leninismo, para denominar la ortodoxia o recta interpretación de las directrices del partido comunista.

De cualquier manera, el movimiento de lo políticamente correcto se fusiona con grupos y corrientes que desean acabar con situaciones de injusticia respecto a las mujeres, los negros, los homosexuales, etc. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, la izquierda americana usó el término para referirse satíricamente a quienes se apoyaban en el feminismo para criticar la pornografía. Así pues, lo políticamente correcto incluye tanto la versión dura del marxismo-leninismo y del maoísmo, como la versión irónica respecto a otros y a la propia izquierda americana.

Es célebre la versión políticamente correcta del cuento de *Caperucita Roja*, en el que al leñador se le llama "operario de la industria maderera" o "técnico en combustibles vegetales", pues el término "leñador"

2 Mangeot, Ph.: "¿Buenas conductas? Pequeña historia de lo políticamente correcto" Vacarme, 01, hiver 1997. (La traducción del título es mía).

3 Al respecto véanse dos autores: Trías E.: "Lo políticamente correcto me parece totalitario", *El Mundo*, 30/01/1999, y Fernández-Ballesteros, Rocío: "Lo 'políticamente incorrecto' o la 'nueva inquisición'. El País, 30/10/97.

4 <https://educacion.laguia2000.com/general/la-reproduccion-segun-bourdieu-y-passeron>

es denigrante para quien ejerce esta actividad.⁵ El extremo de esta ultracorrección política lo representa la traducción políticamente correcta de La Biblia y se corrige la palabra de Dios cuando la divinidad no es lo suficientemente sensible, según la mentalidad actual de lo políticamente correcto.

Jesús fue muy torpe al enseñar a rezar a sus discípulos, pues al decir “Padre nuestro...” los partidarios de lo políticamente correcto lo enmiendan, pues de corregir se trata y traducen: “Padre nuestro-Madre nuestra...”

Parecieran exageraciones de quien esto escribe, pero son ejemplos que no estoy inventando, pues están debidamente documentados (En la nota al pie de página dejo la dirección electrónica donde podrá encontrar el lector la versión políticamente correcta de *Caperucita Roja*) por lo que es legítimo preguntarse si va en serio o es una burla de lo políticamente correcto.

En España, la ministra de Igualdad anunció que se iba a impulsar la sustitución de los cuentos machistas por su versión políticamente correcta. Lo que considerábamos que solo en las novelas como *1984* de Orwell, en la cual hay un personaje, Winston Smith, titular del Ministerio de la Verdad, se podría incurrir en tan extremosa situación, ocurre en la realidad y lo que hay que considerar es que en la novela de Orwell se critica al totalitarismo. Así entonces es válida la pregunta: ¿No será que lo políticamente correcto sea en el fondo una forma de totalitarismo?

EL LENGUAJE Y LO POLÍTICAMENTE CORRECTO

Daremos respuesta a la pregunta formulada al final del párrafo anterior más adelante. Por lo pronto vamos a abordar un aspecto que es de suma importancia en lo políticamente correcto, el lenguaje y, concretamente, el lenguaje autodenominado “no sexista”.

La dimensión lingüística del lenguaje políticamente correcto se ha caracterizado por la proliferación de nuevos términos. Inicia con

eufemismos para sustituir términos que pueden ser ofensivos por otros que suenen mejor. Pero como ya vimos, lo políticamente correcto lleva a la proliferación de más y más expresiones. Ya vimos como en la versión políticamente correcta de *Caperucita Roja* el personaje que aparece en el clímax del cuento, el ya clásico leñador (término que no parece ofensivo ni denigrante) se convierte en “operario de la industria maderera o técnico en combustibles vegetales” En este sentido Manuel Ballester, a manera de ejemplo, nos recuerda unas cuantas expresiones políticamente correctas para términos de uso cotidiano: “interrupción voluntaria del embarazo (aborto), cesión permanente de niños (adopción), alternativa a la opción sexual mayoritaria (homosexualidad), impuesto revolucionario (extorsión), interno (preso), invidente (ciego). Dicho queda, sin entrar en cuestión de que el lenguaje ordinario ha sabido siempre manejar los eufemismos diciendo, por ejemplo, “de la acera de enfrente”, para referirse a quienes manifiestan una ‘opción sexual no mayoritaria’”.⁶



Azul enamorado

5 <https://algundiaenalguna parte.com/2008/03/29/caperucita-roja-politicamente-correcta/>

6 Ballester, Manuel: *Lo políticamente correcto o el acoso a la libertad*. Cuadernos de Pensamiento Político. p. 179

Existen argumentos contrarios al pensamiento de lo políticamente correcto. Al exponerlos no trato de convencer a nadie, sino darlos a conocer. Lo anterior para no parecer políticamente incorrecto. Uno de los argumentos más coherentes en contra del lenguaje políticamente correcto es el que se sitúa en la ideología de género, por lo que nos ubicaremos en el lenguaje que se autodenomina no sexista.

El lenguaje no sexista es una operación lingüística mediante la cual se descalifica al otro como sexista de un modo subrepticio, es decir, haciendo un uso falaz del lenguaje. El lenguaje políticamente correcto reprueba el uso masculino para nombrar tanto a hombres como a mujeres considerándolo sexista. Han llegado al extremo de calificar la gramática española como extremadamente machista, sin ponerse a considerar las razones propias de su evolución del latín al español. Evolución que fue producida por el pueblo, por lo tanto su construcción, en cuanto lengua, fue hecha democráticamente por el habla popular.

Recurramos nuevamente a Manuel Ballester, quien como suma claridad nos explica los mecanismos gramaticales y morfológicos relativos al género gramatical: “Ocurre que el género se extiende a todos los sustantivos de la lengua española sin excepción: no hay ninguno que no sea masculino o femenino, pero si bien es cierto que a veces el género del sustantivo remite a diferencia de sexos, no siempre el género determina diferencias de sexo. Así, entre los llamados sustantivos epicenos, por una parte *la hormiga, la liebre, la pulga* son femeninos, y por otra, *el mosquito, el vencejo, el ruiseñor* son masculinos, aunque entre estas especies haya machos y hembras; o *la criatura, la persona, la víctima* son femeninos, aunque puedan designar seres de ambos sexos, y hasta el *caracol* es masculino, aunque muchos gasterópodos sean hermafroditas. En la realidad referida por este tipo de sustantivos hay diferencias de sexo, pero de ellas no se ha hecho eco la lengua: el género no refleja el sexo de *persona, bebé, criatura, alguien o gacela*. Por su parte, las diferencias de sexo en los sustantivos referentes a personas, ha inducido, e induce, a crear formas distintas de masculino y femenino: *de huésped, patrón, oficial, jefe, monje, sirviente, ministro, asistente, juez*, etc. se han derivado los femeninos *huésped, patrona, oficiala, jefa, monja, sirvienta, ministra, asistente, jueza*, etc.”

Aunado a lo anterior, el género gramatical alude muy frecuentemente a elementos de la realidad que nada tienen que ver con el sexo, como la dimensión o la forma (*jarro/jarra*), el ejecutante y el instrumento (*el trompeta/la trompeta*), la distinción entre árbol y fruto (*manzano/manzana*) o la cantidad (*leño/leña*), por lo que no existe identificación entre género y sexo, pues su asociación es estadísticamente minoritaria.

La no correlación entre el género y sexo impide precisar cuál es el género y por tal razón se considera como un accidente gramatical que agrupa el nombre en dos categorías diferentes: masculino y femenino, sin que estos términos prejuzguen ningún tipo de sentido concreto. El género indica las relaciones del sustantivo o nombre con las demás palabras del enunciado. El género del sustantivo *plata* en los siguientes enunciados “El candelabro de *plata vieja*” o “El candelabro de *plata viejo*” se ha usado para señalar la conexión o inconexión del sustantivo *plata* con el adjetivo *vieja*: *plat-a/viej-a*.

Así pues, como puede deducirse de los ejemplos anteriores, la realización de la concordancia depende no del sexo, sino de la construcción sintáctica y el orden de las palabras en el enunciado.

El lenguaje “no sexista” de lo políticamente correcto exige el uso del doblote a la hora de referirse a las personas, sobre todo en los vocativos: *profesores y profesoras, alumnos y alumnas, amigos y amigas, buenos días a todos y a todas*. La pertinencia o relevancia es un principio general en la comunicación lingüística, lo cual significa que si se utiliza el doblote debe venir a cuento de algo. Cuando este desdoblamiento no viene a cuento de nada, es irrelevante en la información comunicada. El doblote en el lenguaje “no sexista” de lo políticamente correcto es inoportuno e impertinente: genera ruido, distrae, retarda la interpretación.

El género masculino es no marcado, genérico e incluyente. Engloba al otro en ciertos contextos, mientras que el género femenino es marcado, definido y excluyente. La expresión “los alumnos de la preparatoria”, engloba a ambos: alumnos y alumnas; mientras “*las alumnas de la preparatoria*” es definido, exclusivo y no engloba al otro. Además, cabe considerar que en la lengua española, aparte de un masculino genérico existe el número, la persona, el tiempo, el modo y el aspecto igualmente genéricos, lo que debería absolver al género masculino de todo

machismo atávico.

Insistir en el uso del desdoblamiento genérico para lo políticamente correcto es una decisión muy desacertada. Son formas expresivas de la lengua que están allí para que cualquier hablante las use por su cuenta y riesgo, según lo demande la situación y de acuerdo con sus propósitos comunicativos.

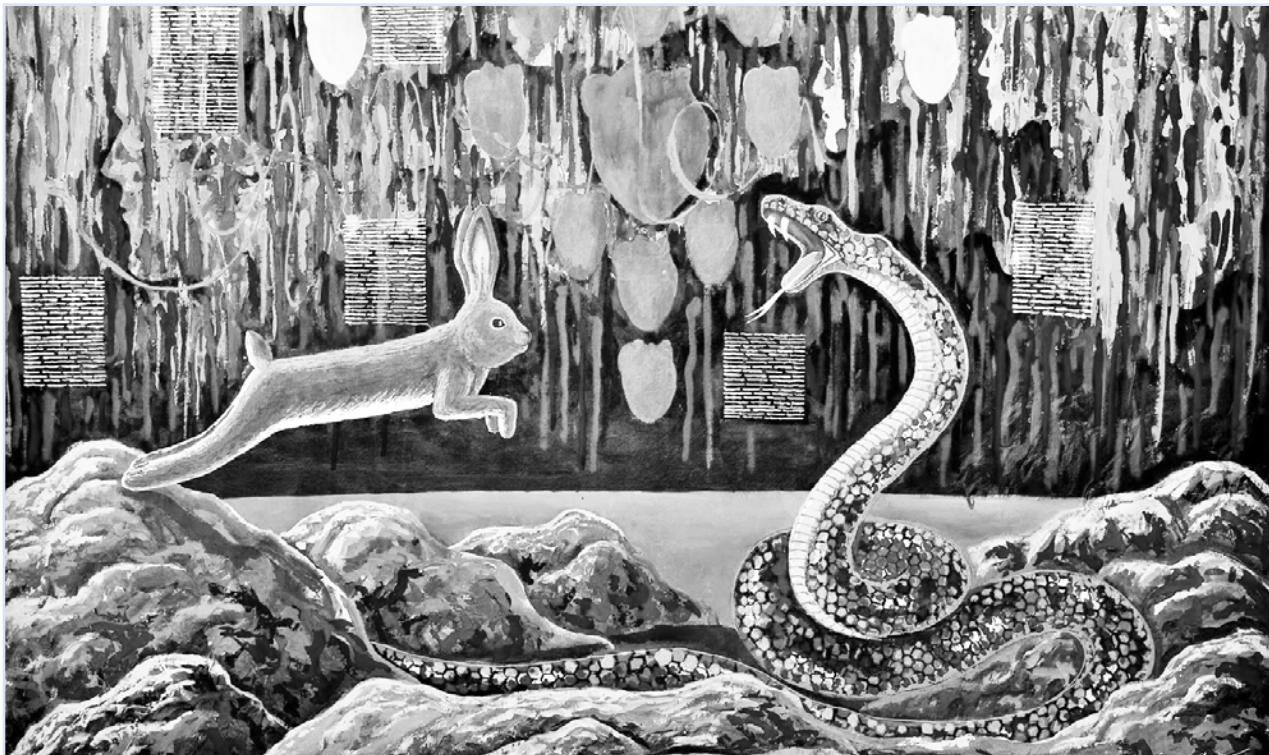
La Real Academia de la Lengua tiene como propósito mantener y reforzar la unidad y homogeneidad de la lengua estándar, tomando como criterio básico el uso más generalizado y extendido entre la gente, al margen de toda consideración ética o ideológica. Por el contrario, la corrección política sustituye la lengua natural, común por denominaciones inéditas, ideadas en el pináculo de los gabinetes de intelectuales políticamente correctos. ¡Oh, paradoja! Mientras la “elitista” Academia basa su labor en la “iniciativa popular”, lo políticamente correcto y sus intelectuales, autoproclamados democráticos, representan un cierto despotismo ético y moral.

Llevar al extremo lo políticamente correcto puede producir efectos adversos. Para demostrarlo

recuro nuevamente a la versión políticamente correcta de Caperucita Roja. Resulta que en aras de la corrección política el leñador (perdón, el técnico en combustibles vegetales) muere a manos del lobo, la abuela y Caperucita:

– ¿Puede saberse con exactitud qué cree usted que está haciendo? -inquirió Caperucita. El operario maderero parpadeó e intentó responder, pero las palabras no acudían a sus labios.

– ¡Se cree acaso que puede irrumpir aquí como un Neandertalense cualquiera y delegar su capacidad de reflexión en el arma que lleva consigo! -prosiguió Caperucita. ¡Sexista! ¡Racista! ¿Cómo se atreve a dar por hecho que las mujeres y los lobos no son capaces de resolver sus propias diferencias sin la ayuda de un hombre. Al oír el apasionado discurso de Caperucita, la abuela saltó de la panza del lobo, arrebató el hacha al operario maderero y le cortó la cabeza. Concluida la odisea, Caperucita, la abuela y el lobo creyeron experimentar cierta afinidad en sus objetivos, decidieron instaurar una forma alternativa de comunidad, basada en la cooperación y el respeto mutuos y, juntos, vivieron felices en los bosques para siempre.



La culebra y el conejo